

# América en los libros

Angel Esteban: **Donde no habita el olvido: la influencia de Bécquer en Hispanoamérica**, Granada, Impre-disur, 1994, 180 pp.

Cuando José Martí escribió en 1889 que «la poesía está infeliz por nuestras tierras [hispanoamericanas], como criada a biberón, con el suero alemán de Bécquer y la leche multicolora de Campoamor», estaba diagnosticando un fenómeno que desde muchos años atrás venía conmocionando las letras de la América hispana, en especial la creación lírica. Puede sorprendernos el hecho de que el maestro cubano, en otros lugares de su obra, siga arremetiendo contra el «becquerianismo» tan en boga, mostrando así una aparente desaprobación de nuestro gran poeta sevillano. Puede sorprendernos más aún si consideramos la poderosa huella que imprimió en Martí el autor de las *Rimas*. ¿Por qué esa reiterada aversión hacia uno de nuestros románticos más geniales y más modernos?

El presente libro de Angel Esteban, profesor de la universidad de Granada, nos ha despejado definitivamente la cuestión. Según se demuestra en este trabajo, la influencia de Bécquer, que en España quedó sepultada por muchas décadas, en los poetas de ultramar ejerció un impacto decisivo, desde México hasta la Argentina. Sin duda alguna, esa beneficiosa influencia (tan acusada en el primer Darío y en el mismo Martí, amén de José Asunción Silva y otros modernistas de la primera hora) nos explica en cierta medida la rápida y audaz renovación de la prosa y

el verso del Nuevo Mundo, que cristalizó en un movimiento continental, el modernismo, de relevancia capital en la ansiada modernización de las letras hispánicas.

Este libro constituye una base ya indispensable para todo aquel que desee conocer no sólo el influjo becqueriano en los poetas de América, sino para todo el que se interese en la evolución de la poesía hispanoamericana desde el romanticismo altisonante hasta la posterior expresión lírica, mucho más depurada y simbólica. En la obra de Angel Esteban se construye un elenco exhaustivo de todos los autores que, en cada uno de los nuevos países, acogieron con fervor la estética becqueriana. Unos, los más, se limitaron a una imitación escasamente creativa (de ahí el recelo de Martí); otros, sin embargo, la aprovecharon como un valioso instrumento al servicio de su personal inspiración.

Lo que tal vez se echa en falta es una distinción más precisa entre los meros imitadores del sevillano y los poetas que desde él hicieron su propia obra. Por ejemplo, en el último capítulo, al analizar la relación entre Bécquer y el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín (a través de sus *Notas de un himno*, de 1877), el libro nos ofrece la imagen de un Zorrilla que sólo parafrasea a Bécquer y calca no sólo sus modelos expresivos, sino hasta el mismo argumento de los poemas. Invito al lector a cotejar los textos del uruguayo con las rimas de Bécquer que se señalan como fuente directa: veremos que, por encima de esa influencia indiscutible, las *Notas de un himno* contienen no pocos poemas auténticos y harto significativos en el romanticismo hispanoamericano.

Considero oportuna esta objeción, pues sin ella la lectura de esta obra puede hacernos creer que en las tierras americanas sólo se entonaron fáciles remedos del sevillano, cuando en realidad nos encontramos con poetas que superan en genio creativo a sus coetáneos españoles.

Por lo demás, la amplia documentación que nos proporciona el libro, así como buena parte de sus análisis, nos demuestran que en las otras orillas del Atlántico «nunca habitó el olvido» de uno de nuestros románticos más cabales e imperecederos.

Oswaldo Rodríguez, **Ensayos sobre poesía chilena: de Neruda a la poesía nueva**, Roma, Bulzoni, 1994, 125 págs.

Si bien la poesía chilena no conoció grandes figuras que protagonizaran la gesta modernista a finales del pasado siglo, nadie puede negar que este país andino fue incubando lenta pero fecundamente los elementos renovadores que, pocas décadas más tarde, brillarían con todo su esplendor en la poesía hispánica. Nombres universales como Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda y el injustamente olvidado Pablo de Rokha imprimen nueva savia a la lírica en castellano, la cual, gracias a la genial audacia de estas figuras, se recupera de un modernismo ya cansino y barrena todos los subsuelos inexplorados del lenguaje poético. Bien conocido es que la creatividad y vitalidad de la poesía chilena no se agota con estos nombres ni con estas décadas. Chile sigue siendo hoy uno de los países que más generosamente contribuyen a la renovación de la poesía hispánica.

El presente libro de Oswaldo Rodríguez, presuponiendo las hazañas ya conocidas de estas figuras, nos demuestra precisamente que la evolución de la poesía chilena continúa siendo un proceso fascinante en calidad y en número. Partiendo de los libros póstumos de Neruda, centrados ya en las certezas e interrogantes existenciales más perentorios, Oswaldo Rodríguez nos explica y nos ilustra el proceso que va de Neruda hasta hoy. Para ello no olvida el magisterio de los grandes poetas de mediados de siglo (Nicanor Parra, Enrique Lihn, Jorge Teiller, Gonzalo Rojas, etc.), quienes fomentaron la conciencia crítica en sus sucesores inmediatos (Oscar Hahn, Walter Hoefler y otros miembros del grupo *Trilce*). Se trata de una crítica tanto social y cultural como propiamente estética, que ha preservado a tales poetas y a los jóvenes de hoy de un canceroso adocenamiento ante los dioses de Huidobro o de Neruda.

Pero la obra que comento valora las aportaciones de las grandes figuras de los 70 (Juan Luis Martínez, Juan Camerón y Raúl Zurita), así como la continuidad de esa renovación que aparece muy bien representada en los poetas más jóvenes, los que comienzan a publicar a mediados de los ochenta y principios de nuestro decenio. En ellos Rodríguez, sin simplificaciones meramente

didácticas, distingue tres vertientes temático-estilísticas de enorme pujanza en la lírica actual: los que siembran en las parcelas siempre fértiles de la experimentación vanguardista, sin concesiones a la vacua originalidad; los que sienten la necesidad de un discurso lírico testimonial y más cercano a la historia inmediata; los que revitalizan la gran tradición chilena de la poesía lórica o telúrica, y los que, en un discurso conscientemente marginal, tratan de mantener el fuego vivo de las tradiciones indígenas. A estas tendencias se añade una creación femenina —no feminista— en que la mujer toma conciencia de su identidad desde unas posiciones muchas veces inauditas, como en el caso de Marjorie Agosín.

Libro éste sintético, pero no prontuario ni agenda de épocas, autores y publicaciones. Oswaldo Rodríguez, como chileno y como poeta, ha logrado explicar las causas de esta incesante evolución y los presupuestos estéticos de los poetas más destacados. Libro que nos abre un panorama actual escasamente conocido en las otras orillas del Atlántico y que se convierte ya en una referencia obligatoria.

## Carlos Javier Morales

**Horacio Quiroga/Una biografía**, Pedro Orgambide. (Planeta, col. Biografías del Sur - Buenos Aires, 1994, 268 páginas).

Una personalidad felizmente tan poco convencional, tan inquietante y tan contagiosamente honesta, de fondo, no podía dejar de volverse apasionante para mi inquieta adolescencia —como para la de tantos otros, y aún mayores—. El mismo lo expresó, en forma bella y certera, también mejor que nadie: «Pues, ¿qué puede ofrecer el desierto a un hombre, si éste no se empeña en sacar de él un paraíso?» Indisolublemente ligado por su historia familiar a un sino trágico (no sólo él mismo, sino también su padre y su padrastro, y después sus únicos dos hijos, optaron por el recurso extremo del suicidio), esa aureola entre doliente y de predestinado no fue la única que envolvió al talento y al genio de Horacio Quiroga —nacido en el Salto uruguayo el 31 de diciembre de 1878, y fallecido en Buenos Aires, en el Hospital de Clínicas, el 19 de febrero de 1937—.

Como muy pocos casos en la literatura rioplatense, por desgracia tantas veces engolada cuando no encorsetada o pudibunda, su indomeñable personalidad individualísima y su orgánica, congénita ansia de absoluta libertad, convirtieron a su propia vida en experiencia fundante de sus textos, hicieron de su escritura una legítima evidencia. Entre Jack London y Thoreau, en el aire de Melville y de Conrad, por citar los más grandes, no sólo se alejó de las pequeñas miserias y los cotreos, de la inmensa pequeñez de la mal llamada vida literaria, sino que también fue capaz de abandonar la para otros ansiada gran ciudad y buscar en una zona de fronteras, no sólo geográficas, el monte misionero, entre los voluntariamente desterrados soñadores utópicos y los peones prácticamente esclavizados como mensús (tipos humanos que él supo transmitir con tocante entereza en sus relatos), un ámbito donde tomar contacto a la vez con la naturaleza salvaje, no domesticada, y con su propia esencia, primigenia, puesta a prueba, de artista y de hombre.

En un autor así, su vida es tanto o más importante que su obra, y ambas son expresión de él mismo, de lo mismo, no sólo se complementan sino que se construyen, se erigen al unísono. Así pudo decir, en 1932, al volver a San Ignacio, con envidiable nitidez: «Después de quince años de vida urbana, bien o mal soportada, el hombre regresa a la selva. Su modo de ser, de pensar y de obrar, lo ligan indisolublemente a ella. Un día dejó el monte, con la misma violencia que hoy lo reintegra a él. Ha cumplido su deuda con sus sentimientos de padre y su arte: nada debe. Vuelve, pues, a buscar en la vida sin trabajos, de la naturaleza, el libre juego de su libertad constitucional». ¿Se necesita agregar algo más?

Mediante esta biografía que tiene el comienzo de una buena novela y se termina leyendo ávidamente, como un apasionado testimonio, otro escritor reacio a los recursos hoy desdichadamente predominantes de las relaciones públicas y del marketing, al preguntarse por las razones profundas que hicieron de Quiroga lo que es no deja de cuestionar, casi alusivamente pero con precisión, el significado actual del arte y de la literatura como arte entre nosotros, en nuestro propio medio. Esa «utopía del hombre que se basta a sí mismo, que hace su propia casa y vive en contacto con la naturaleza»,

como la describe en estas páginas vibrantes este otro narrador devenido biógrafo por segunda vez —Pedro Orgambide ya había dedicado en 1954 un libro a la vida de Quiroga—, encubría sin duda alguna la misma intención más que liberadora, libertaria, que su entonces joven amigo Ezequiel Martínez Estrada tuvo la grandeza de intuir, en forma penetrante, detrás de tantas invitaciones del autor de *Anaconda* a acompañarlo: «Sus frecuentes exhortaciones a que me radicara en San Ignacio implicaban, además del deseo de una intensa vida natural en común, designios que abarcaban el propósito de una reorganización racional y libre de la vida. El mismo ideal de Lawrence, en su mínima ambición. Siempre he considerado que en la insistencia de Quiroga porque abandonara mi empleo, me aviniera a contar conmigo mismo y con nadie más, encubriéndose la intención benéfica de sustraerme a las zarpas y garras de mis superiores burocráticos y de mis colegas pedagógicos».

Este libro fecundo y bienvenido viene a despertar, nuevamente, en quienes sean capaces de percibirlo, no sólo el sentido visceral que tiene esta obra de arte ligada a una experiencia de vida hasta volverla paradigmática (bien dice aquí Orgambide: «La selva se parece a un cuento de Quiroga que habla de la selva»), sino también el permanente desacuerdo que alcanzará a toda alta condición humana, a toda condición humana que merezca ese nombre, en su agotadora confrontación cotidiana con la ramplonería, la mezquindad, la bajeza o directamente la fealdad, en todos sus sentidos. Cosas que, por desdicha, no son apenas del pasado sino que se encuentran terriblemente vivas, también, ahora mismo, acaso más que nunca, en medio de nosotros.

Por eso, quizás, hoy bien podemos recordarlo con las mismas palabras con que, en abril de 1928, Horacio Quiroga se refirió a la muerte de Roberto J. Payró, uno de los muy pocos colegas que elogió en público: «Su honradez a toda prueba y su temple de varón traspasan fielmente su prosa. Existe una cómoda tendencia a desligar al hombre del escritor, olvidando que los caracteres de éste están determinados y limitados por el de aquél, porque quien escribe es el hombre. Inútil buscar caracteres firmes en un escritor de alma blanducha, y honestidad en la pluma de un hombre que se vende. El respeto y admiración que